

*
* *

¡De nuevo le ví! Y pensé, apenas advertí su presencia, que su primera palabra la dedicaría al discurso hecho por Jaurés, en la Cámara francesa, sobre el trabajo de los muchachos. Y, efectivamente, su primer saludo, al subir al tranvía, fué esta pregunta:

—¿Ha leído usted?—hecha con voz de bajo, que parecía salir de las fauces de una trompa.

Había leído un trozo de un diario italiano y lo había pegado á una pared, según su costumbre, en su tienda. Aunque estábamos ya en mitad de verano, llevaba, como siempre, un sombrero calabrés y su eterna americana, raída, de terciopelo, color de cacao, pero tenía la barba mejor cuidada que de costumbre, y parecía leer en su rostro un aire de satisfacción como si hubiese obtenido una gran victoria maquiavélica y moral sobre la prefectura de policía.

Estábamos en el corso Cairoli. La jardinera, llena de gente, marchaba bajo las sombras de los grandes plátanos, junto á las aguas del Pó, surcabas por barquichuelas pintadas de distintos colores, y del río y collados se escapaba una frescura de primavera. Todos los pasajeros parecían de buen humor. Un muchacho cantaba, y mis vecinos miraban, con curiosidad simpática, á aquel obrero de cuello de toro, que con su gruesa voz, aquel aire de bonachona gravedad, hablando un piamontés intercalado de italiano rudo, pero correcto, hacía un extracto breve del discurso del conde de Mun y del orador

socialista. Entre los que le escuchaban había una mujer de unos cuarenta años, que no había encontrado donde sentarse y estaba de pie en la plataforma, la cual, de cuando en cuando, se volvía rápidamente para mirarle, asombrada, como si creyera ver en él un docto señor disfrazado.

En un momento dado se interrumpió el buen hombre, y levantándose miró, alargando la cabeza para ver el título de un libro grande que tenía sobre las rodillas una señora sentada delante de nosotros en uno de los bancos.

—¡Diablo!—exclamó.—Un tratado de anatomía.

Sí, era ella misma: la *virgen muerta*, sentada al lado de un señor con el pelo y la barba blancos, de aspecto serio y casi altivo como de un viejo coronel, con ojos claros y nariz recta, que debía ser indudablemente su padre. ¡La *virgen muerta*! Hacía dos meses que no la veía y casi la había olvidado. Conservaba su rostro blanco y delicadísimo, de una pureza angelical, de una inmovilidad marmérea, de una serenidad superior á las pasiones humanas é intangible á cualquier mancha terrestre, pero algo demacrada y con una expresión de tristeza en los ojos que no le era habitual; ciertamente debía ser efecto de la fatiga de las preparaciones: en aquellos meses eran los exámenes.

—¿Será un estudiante de medicina?—me dijo mi interlocutor.

—Es una señora fuera de moda,—observó un caballero que había á mi lado.

—¿Por qué?—preguntó el primero.

—¡Bah!—contestó el otro.—No es su oficio. Pensando en lo que vé y en lo que toca me despoetiza.

Entonces se encogió de hombros y dijo el socialista:

—¿Y las enfermeras de los hospitales?... Sin embargo, no quedan despoetizadas.

—Ya,—contestó.—Pero no crea usted que por eso se poetizan más. Las mujeres no nacen para eso. Yo no llamaría nunca á una médica.

—Usted, no; pero su señora...

—No estoy casado,—contestó el otro riendo.

Entonces, sin que nadie la hubiera dirigido la palabra, contestó la señora que estaba de pie en la plataforma:

—Yo tampoco llamaré nunca á ninguna...

Aquella salida desconcertó al buen socialista, que en cuestiones femeniles era una *especialidad*. Se volvió furioso para contestar á la señora, pero no tuvo tiempo, porque en aquel momento aquella bajó del carruaje. Indignado de no poder desahogarse contestándola, se volvió hacia el otro.

—Hé aquí lo que son ustedes,—exclamó.—Tratan de que las muchachas sean lo más pudorosas é inocentes que se pueda, y cuando han conseguido todo esto, cuando á fuerza de años y de ocultar las novelas por aquí, cuentos por allá, conversaciones peligrosas por acullá, llega un día en que se ponen enfermas, entonces, como no hay más remedio que llamar al médico, toda su pureza se va al demonio. Llega el médico y mira de aquí, levanta de allá, escruta de aquí y mete la mano por acullá, quedando aviada la pobre muchacha. Esto me parece una verdadera *porquería*, lo cual no ocurre, sin duda, si en lugar de llamar á un doctor se llama á una doctora.

Algunos rieron en señal de aprobación, y su contrincante también se echó á reir quedando maravillado de que se pudiera encontrar un ardiente defensor del pudor bajo aquel sombrero calabrés y dentro de aquella americana raída, y se puso á mirarle como se mira un original de nuevo cuño no mal avenido con el genio. Parecía dispuesto á contestarle para hacerle vaciar todo el saco, pero el obrero, advertido de ello, no se prestó á la maniobra. Y luego volviéronse todos para mirar á la señorita, que bajaba con su padre en la línea del paseo de Victor Manuel, llamando la atención de todos por la sencillez infantil de su andar, que parecía no sólo extraño sino monacal, y tan incorpóreo como lo era su rostro.

—¿Vé usted?—me dijo mi interlocutor, con el acento de quien encuentra un argumento inesperado en favor suyo.—Tiene todo el aire de una muchacha honrada.

—Sin embargo,—contestó su adversario,—con sólo pensar que va á la sala anatómica... ¿Qué quiere usted? A mí no me gusta una muchacha así, que lo *sepa* todo.

—¡Ya!—contestó un amigo.—A usted le gustan las mujeres que no *saben* nada y lo *enseñan* todo; á mí me parecen más honestas las que lo *saben* todo y no *enseñan* nada.

Todos soltaron la carcajada.

—Bien contestado,—exclamó el caballero con evidente sinceridad y riendo también.

Y cuando el obrero bajó, llevándose la mano al sombrero, todo el mundo le miró con gran curiosi-

dad, y su adversario expresó el sentimiento común diciendo:

—No creo que haya en el mundo otro original como él.

—¡Qué engañado vive!—pensé;—hay muchos millares. Dentro de cincuenta años el tranvía estará lleno de ellos, y los que parecen ahora toscos y originales, serán los que á su vez se rían de los que ahora nos tenemos por personas ilustradas.

*
*
*

A la mañana siguiente presencié una escena deliciosa; uno de los episodios más bellos de los seis meses de aquella vida en carruaje. El tranvía de la línea Vinzaglio corría entre las dos líneas de palacios situados en la calle de Francia y entre las dos grandes filas de olmos que se dirigen hacia el castillo de Rivoli, el cual aparecía muy cerca enrojecido en la atmósfera y como sorprendido sobre el horizonte iluminado por los rayos del sol. Giors excitaba á los caballos con la alegría de aquel que tiene hambre y prisa por sentarse á la mesa después del trabajo, riendo para adentro y bebiendo el aire como si bebiera un licor, con los ojos abiertos y fijos hacia la barrera, como si en ella viera el vapor humeante de su sopa, y con las narices dilatadas y temblorosas como si el viento le llevase el olor de ella. Llegado al final de la línea hubiese querido de buena gana ir á pie hasta la finca de un amigo mío, latinista ilustre, pero al bajar del carruaje no pude por menos de pararme viendo como se acercaba al tranvía una mujer joven, enjuta de

carnes y rubia, con un niño en un brazo y una cesta en el otro, seguida de dos arrapiezos, uno de cinco años y otro de tres, en los cuales reconocí á primera vista los ojos y la nariz del conductor. ¡Pobre Giors! Debía ser muy querido de todos los suyos y era ciertamente su colación un espectáculo cotidiano para los vecinos de aquel barrio, porque apenas llegó la jardinera, en tanto que él preparaba y arreglaba los caballos, se reunieron en torno suyo, con rostro curioso, algunos guardas de consumos, varios vendedores de hierbas, otras tres mujeres y algunos muchachos, formando aquellas gentes, vecinas del barrio del conductor, un grupo interesante. ¡Cómo cogió la cesta! Fué aquel acto el de un padre amoroso que tiende los brazos hacia su hijo que no ha visto desde hace un año. Sentado en el estribo de la jardinera, sacó fuera y puso sobre las rodillas la cazuela de la sopa, se atusó los bigotes, soltó una carcajada mirando á los espectadores, y exclamó sonriendo:

— ¡Al trabajo!

De repente los dos muchachuelos, que estaban en pie, con el rostro moreno, sano y limpio, se le acercaron mirándole fijamente, como los perros que siguen con la mirada los movimientos de su amo al llevarse la comida del plato á la boca.

—Mira que ya han comido,—dijo la mujer;—no empecemos como de costumbre.

—¿Qué dices?—exclamó Giors con la boca llena mirando á los muchachos y levantando la mano para amenazarlos. Pero ellos, que conocían que la

amenaza era una broma, se rieron y se le acercaron más.

El padre retiró la mano que amenazaba y llevó la cuchara llena que tenía en la otra hacia uno de los pequeñuelos que apuró su contenido.

—No tienen vergüenza—exclamó la madre atrayéndolos hacia sí.

Pero el más pequeño, el que tenía en los brazos, alargó á su vez la cabecita y quiso también tomar una cucharada. Entonces empezaron las risas entre los que veían aquella escena.

—Te lo van á comer todo,—dijo la mujer.

—¿Qué quieres?—contestó riendo;—qué quieres que yo le haga si nunca tienen bastante; creo que me comerían á mí y á mis caballos. ¡Vaya si lo creo! ¡Era mi destino engendrar una raza de lobos!

—No; —gritó de repente,—no os doy ni un grano más de arroz; idos al diablo.

Entre tanto que iba comiendo echaba de vez en cuando una mirada hacia el final de la calle Turín para ver si parecía el otro tranvía, porque ya habían pasado tres de los diez minutos reglamentarios. En vano su mujer le decía:

—Come, hombre, come sin cuidado; todavía hay para rato.

Acabada la sopa sacó fuera la bota del vino; la enseñó á los que le veían comer diciendo:

—Para uso interno. Después de soltar una cajada la llevó á la boca.

Luego que hubo bebido, como no hubiese podido quedar satisfecho de la cantidad, exclamó dirigiéndose á mí con una sonrisa benévola:

—No crea usted que ha sido para uso interno; ha ido por las calles laterales...

Llevó la bota á la boca de uno de los pequeños diciendo:

—¡Para nosotros, chiquillos!

La mujer le detuvo el brazo, pero él continuó dándole de beber diciéndome:

—Son dos sanguijuelas; se me beberían hasta la sangre.

Acabado ó poco menos el vino, atacó el pan y una fritada que le daba su mujer, y entonces, volviéndose hacia el pequeñuelo que tenía en brazos, le dijo:

—¿Y tú, arrapiezo?

Su mujer, en tanto que él comía, le explicó las gracias que había hecho el chiquitín durante el día, y Giors, dando un trozo de carne á los otros dos pequeños, volvióse hacia mí diciéndome:

—No tiene más que veinte meses de *servicio*.

Y me contó que el pequeño sólo le conocía desde que estaba fijo en la línea de Vinzaglio. Cuando iba por otras líneas, debiendo hacer las colaciones de día y noche en ellas, no veía nunca al pequeño, porque cuando se retiraba á casa ya estaba durmiendo y se marchaba antes de que se despertase. Por eso sin duda se había dado el caso singular de que el muchacho, que tenía más de un año, no conociese á su padre, y un día en que éste había llegado á su casa al anochecer, porque se había dado un golpe en una pierna, al ver entrar á un hombre que no había visto nunca, empezó á gritar como un demonio. Y acabó su relación exclamando con una carcajada:

—¡Qué demonio de oficio es este! damos miedo á nuestros propios hijos. Pero no importa mientras esté la caja sana,—y al decir esto se pegó un fuerte puñetazo en el pecho.

Después, excitado como si hubiese hecho un gran almuerzo, levántose del estribo, contestó á todas las bromas que le hacían los guardas de consumos y las mujeres que le miraban, y por fin, viendo que se acercaba el otro tranvía, besó uno tras otro á los pequeñuelos diciéndoles:

—Hasta luego, lobitos; hasta luego, muchachos.

Tomó al más pequeño en sus brazos restregándole con cariño contra sus bigotes hirsutos, y dijo á la mujer devolviéndole el chiquillo:

—Bravo; vieja.

Subió sobre la plataforma, empuñó el látigo y las riendas, arreó los caballos y partió volviendo atrás la cabeza para saludar á su mujer y lanzó una última carcajada á sus amigos.

—¡Es un hombre! ¡Es un hombre que está satisfecho de sí mismo,—dijo una mujer.

—Es más que un hombre; es un hombre de verdad,—dijo otra.

* * *

En este punto de mi manuscrito aparecen algunos personajes nuevos que por fuerza tengo que esbozar como he pintado muchos otros durante los

meses que han pasado. Tantos son, que no me atrevo á citarlos á todos porque sino llegaría al final de mi obra con un ejército entero. Conocí en ese mes de Junio una porción de «tranviófilos», entusiásticos paladines de la institución. Conocí *inquisidores*, calculadores y aficionados, que son las tres clases en que se pueden clasificar todos los individuos de esa especie. Los primeros se ponen siempre al lado del cochero ó del cobrador para atormentarle y preguntarle:

—¿Cuántos años tiene este caballo? ¿Cuántos caballos tiene la Sociedad? ¿Cuántos cocheros son ustedes? ¿Cuánto cuesta este carruaje? ¿Cuántos kilómetros tiene esta línea? Hasta que al fin hacen perder á sus víctimas la paciencia. Los segundos, que deben ser accionistas administradores, ó gente que tiene algún interés en los asuntos de la *Sociedad*, estudian con gran cuidado las entradas y salidas de los pasajeros, lo que hacen los cocheros y conductores, los cobros que efectúan y las paradas innecesarias que pueden ponerse á cargo de éstos. Por último, los aficionados son los que, sin tener un interés determinado por una ú otra *Sociedad*, toman partido por esta ó aquella y hacen observaciones, no solamente á los cocheros y cobradores, sino también á los pasajeros, de quienes creen que tienen algún interés directo en la marcha de los tranvías y que han de dar la palma de la victoria ó buen servicio á una ú otra de las dos *sociedades* que se disputan las primicias en Turín. Poco faltó para que llegaran á las manos y se dieran de puñetazos dos campeones de la última clase, que en uno de los

tranvías de la línea de Niza, el día dieciocho emprendieron una acalorada discusión acerca del mérito de las compañías *Belga* y *Turinesa*, y apropió del color rojo y verde de los carruajes de una de ellas y del color rojo y sangre de la otra. Ambos á dos se enfurecían con una rapidez inquietante.

—¿Quiere usted comparar los caballos de la *Belga*, todos medio locos y asustadizos, con los de la *Turinesa*, que vienen de Croacia y de Hungría, más fuertes, más dulces?...

—¿Acaso los caballos son los que producen la ganancia de una Sociedad? La *Belga* tiene treinta carruajes más y un personal que casi es doble.

—Pero los carruajes de la *Turinesa* son más grandes y cómodos que los de la *Belga* y estos no tienen almohadones.

—¡Ah! Almohadones. ¿Y por eso se va á perder todo?

—No solamente por eso, sinó que hace un servicio más extenso y paga mejor á los empleados.

—¡Yal! Porque tienen un trayecto más largo.

—La *Belga* tiene las mejores líneas, las que pasan por las calles principales. ¿Sabe usted lo que dan las líneas de Martinetto y Vinzaglio? Más de sesenta pesetas por día.

—Bueno, en ese caso sólo la línea de la barrera de Niza da más que esas dos juntas.

—¡Qué barbaridad!

—Esa no es una contestación de persona educada.

—Y tampoco de persona educada es hacer creer una barbaridad.

Así hablando ambos á dos y agitando el diario de la mañana, que anunciaba el terremoto del Japón con cuarenta mil muertos y ocho mil casas destruidas, llegaron hasta el paseo de Victor Manuel, donde se veía un carruaje en la línea de las afueras salido de los carriles, y la gran fatiga del cochero y del cobrador que trataban de volver á poner en su sitio el carruaje entre dos filas de pasajeros impacientes. Entonces el paladín de la *Turinesa* volvióse hacia su adversario con el rostro animado, y señalándole el carruaje desviado...

—¿Lo vé usted?—le dijo.—Es de la *Belga*.

Luego calló y saboreó su triunfo. ¡Oh! cerebros diminutos para los cuales el palacio Pitti podría encerrarse en el cráneo de una hormiga, como decía Francisco Domenico. Y sin embargo no estaba en lo justo al imaginar yo esto, porque en el cerebro y en el ánimo de los varones más fuertes se anidan esas ideas pequeñas y pasioncillas miserables que aparecen de cuando en cuando más miserables y pequeñas, y que causan más compasión y más desprecio... quizá porque salen del palacio Pitti.

*
* *

Observé también, durante aquellos días, á varios sujetos que subían al tranvía y que ya había visto meses atrás. Un jovencito tísico que daba cada día,

sin duda para distraerse, una vuelta entera por la línea de las afueras, siempre solo, que miraba á todos y todo con la mirada estúpida é insistente de quien sintiéndose apartado del mundo le vé á una distancia en que le parece casi bajo un aspecto nuevo; una señora todavía joven, palidísima, que á cada sacudida del tranvía se ponía la mano sobre el corazón, cerrando los ojos y torciendo la boca como si sintiera una sensación dolorosísima, y otras de rostro triste y pálido sobre las cuales los pasajeros fijaban su mirada interrumpiendo toda conversación como para escrutar el misterio de la muerte. Pero no se me había ofrecido un espectáculo tan triste como aquel que ví el domingo, día de San Luis, penúltimo de junio, al anochecer, cuando en el tranvía empezaron á encenderse las luces. En un carruaje parado lleno de gente que volvía de merendar del campo, fuertemente sostenido por un joven, subía lentamente y con gran trabajo un hombre de unos cincuenta años con el rostro pálido y deshecho, el cual apenas tuvo el pie en la plataforma apoyó una mano sobre los riñones como si en aquel momento sintiera un fuerte dolor repentino, y moviendo la cabeza de un lado para otro, gritó con tono angustioso:

—¡Ay de mí! ¡Pobre de mí!

Debía ser su enfermedad una de aquellas de la médula que hacen padecer de una manera espantosa á los enfermos y que van acompañadas de sensaciones extrañas y horribles que parecen el principio de una descomposición repentina del organismo y casi el anuncio de una muerte inminente. Entró más llevado que apoyado y cayó sobre uno

de los bancos como un saco; echó una mirada agonizante á su alrededor lanzando al mismo tiempo un lamento profundo, continuo, infantil, horroroso, entre el gemido y el llanto, que destrozaba el corazón. Fué aquello como si entre los pasajeros se hubiese echado de pronto un cadáver, y era terrible verdaderamente, ver aquel hombre debajo de la luz del farol que enrojecía su rostro arrugado, brillándole los ojos en la sombra como si los tuviera cerrados para siempre. En toda aquella gente que no pensaba en nada se despertó bruscamente el sentimiento de la fragilidad de la vida humana, el pensamiento de una vejez triste y desesperada, la visión de los mil achaques y enfermedades horribles que nos esperan durante nuestra vida, que nos asaltan y que acaban al fin por echarnos con furia en la fosa, á fuerza de mordeduras. Ví claramente que en casi todos había producido un efecto más de temor que de piedad. Algunos palidieron; una señora se levantó y salió á la plataforma; otros para no ver volvieron el rostro hacia la calle y un caballero vecino mío dijo en voz baja al cobrador que no era lícito aquello, que era una *indignidad* permitir subir al tranvía á un hombre en aquel estado. ¡Una indignidad! Yo le hubiese dicho que no me parecía tal, que si no se le hubiera hecho subir á aquel pobre hombre habría sufrido muchos más tormentos yendo á pie hasta su casa y que era justo que la *Carrozza di Tutti* transportase también los dolores como transportaba las alegrías; que convenía algunas veces que los felices vieran cara á cara la desesperación y la muerte para acoger el

gran pensamiento que pone en fuga toda vanidad y que aparta de todos nosotros el orgullo. No tuve necesidad de decir una palabra á aquel hombre poco caritativo, pues mientras nuestro tranvía atravesaba la plaza del Statuto, apareció otro cargado de músicos ambulantes y gente alegre que venía de la calle de Rivoli, y el espectáculo nuevo y cómico de aquel carruaje sonoro en el que se veía á la luz de los dos faroles los rostros rojos é inflados por el viento de los que soplaban en los instrumentos como unos energúmenos, hizo renacer el pensamiento de todos y transportarle en un momento desde la muerte á la vida.

*
*
*

Conocí por aquellos días otros personajes singularísimos entre los empleados del tranvía; un cochero que hablaba de continuo de sus tierras y que poseía no sé dónde cinco «jornales», por lo cual era mirado y envidiado de sus colegas como un latifundista americano. Aquel cobrador que leía y releía sin cesar, más y más un voluminoso libro destrozado y no muy limpio titulado «La mano del muerto», que venía á ser para él una especie de libro de los libros en que descubría cada día una

nueva maravilla; y otro cochero el más original de todos, un montañés rudo y fuerte, el cual atento con los hombres reservaba todo su orgullo y mal humor para el bello sexo que parecía odiar á muerte, tanto que cuando una señora le tocaba en la espalda con la punta de la sombrilla para que se parara, se volvía hacia atrás furioso como si hubiese sentido la picadura de una avispa en la carne. ¡Dios sabe por qué! Dentro de aquel hombre debía haber indudablemente un secreto de traición conyugal que le había hecho sentir en el alma el horror á las mujeres. Descubrí también aquella tarde, después de haberle buscado muchos días el cobrador aquel que se sabía el Dante de memoria, en la línea de la barrera de Milán, subiendo en el tranvía en el momento en que acababa de disputar un cobrador y un aldeano que bajaba en tanto que aquel murmuraba entre dientes:

—...*si fa notte innanzi sera.*

—¿Un verso del Dante? Debía ser él, pensé.—Le observé.

Era un joven alto, moreno, de rostro palidísimo, con dos ojos negros llenos de inteligencia y un bigote rizado de estudiante, bajo el cual lucía una sonrisa irónica como habitual en aquel rostro de un conocedor precoz de la vida, excéptico y benévolo al mismo tiempo. Sí; debía ser él y le pregunté sin preámbulo:

—¿Es usted el conductor que conoce el Dante de memoria?

Se echó á reír, pero no pareció extrañado de la pregunta.

— Son tonterías, — contestó riendo; — historias que han hecho correr mis colegas. No sé más ni menos que cuantos han hecho sus primeros años de estudios en el Liceo. Y luego, aunque lo haya sabido, ya no lo sé. Y enseñándome el talonario de los billetes añadió:

— Mi Dante es ahora este.

Y luego dijo con una sonrisa irónica:

— Mi *volumen*.

Le pregunté qué era lo que le había hecho desde el Liceo ir á parar al tranvía. Me contestó con desenvoltura. Su padre ingeniero, muerto de repente; la familia numerosa, puesta en mitad de la calle; una tentativa de comercio desastrosa; un mal empleo en una Sociedad de Seguros obtenido y perdido al mes siguiente por reducción de personal; la historia de siempre.

— ¿Y el empleo actual? — me apresuré á preguntarle.

— ¡Ah!. Salvaje, — contestó sonriendo. — Y me explicó cuanto quise saber en tono familiar. Era la primera vez que oía yo juzgar al público por un «señor» reducido á aquella condición, desde donde podía observarlo perfectamente. Dispúseme, pues, á escuchar con viva curiosidad, pero fué muy templado en la exposición de sus observaciones, si no en el fondo en la forma cuando menos, como todos aquellos á quienes la desgracia no parece sino que fortifica el ánimo. Lo peor en su sentir, no eran las muchas horas de servicio; el tener que comer como los salteadores; la lluvia de multas que caían á cada palabra, á cada error, por pequeño que fuera,

á cada falta casi inevitable. Lo peor era, el continuo contraste, la lucha continua con el público, el tener que defenderse de toda especie de pequeñas insidias de enemigos. Afirmóme que nadie que no lo hubiese sufrido podía imaginarlo; mal intencionados que subían al tranvía, estaban un momento y luego fingiendo haber equivocado la línea bajaban del carruaje antes de pagar; otros que suben en grupos de seis ó siete las noches del domingo, y que toman el tranvía por diferentes sitios, porque saben que con la confusión, es fácil que alguno no pague; gente poco escrupulosa que procura dar al cobrador diez céntimos falsos, afirmando sin embargo, que otro día se los había dado, y que está seguro de ello; gente mal humcrada que se pone hecha una fiera, porque el cobrador no quiere cambiar un billete de diez, diciendo á veces que no es verdad que carezca de moneda para dar la vuelta; mal educados que nos acusan de toda clase de chanchullos. Vienen después los que han perdido un objeto en el tranvía, y acusan al cobrador de haberlo recogido y guardado; los que empiezan á disputar con él porque han equivocado la línea, ó porque no los han avisado al volver la esquina donde querían bajar; los que teniendo prisa montan en cólera porque no hace que el carruaje corte un acompañamiento fúnebre, ó un batallón que pasa, ó porque un caballo no quiere tirar y se pare á menudo, como si fuera culpa suya aquello que dicen que la «Sociedad» no nutre lo bastante á los animales.

— Así es, — terminó diciendo el cobrador, ve usted es el hombre.

Donde si traggon d' ogni parte y pesi

Entrábamos entonces en aquel largo paseo de Vercelli, á ambos lados del cual se ven muchas calles que se pierden en la amplitud del campo y se levantan monumentos de diversas clases, entre casas desiguales y esparcidas que parecen de una aldea, pero que conservan todavía en su arquitectura, en los colores de la fachada, y en algo que no se puede traducir en palabras, el aspecto rígido de los barrios centrales de Turín. Cuando llegamos á la desembocadura de la calle Carmagnola, el cobrador me señaló una casita muy linda de dos pisos, con una terraza llena de flores y me dijo:

—Mire usted, aquí vivía yo *nel tempo felice*. Mi pobre padre ha muerto allí en el primer piso. Estábamos como en el campo. Ahora estamos en un cuarto piso de la calle Barbaroux, en un zaquizamí y por las mañanas me toca hacer un par de millas antes de llegar al punto de parada.

—*Uonini fummo ed or sem fatti sterpi*.

Luego continuó el discurso por breves momentos interrumpido:

—No; —dijo,— no puede usted figurarse las pretensiones y tonterías del público con quien tenemos que tratar. Las más fastidiosas, —añadió,— no son las gentes de la clase baja que suben al tranvía y que responden á una observación con amenazas al cobrador; no son tampoco las campesinas que quieren á toda costa subir al tranvía, con un

saco grande como una cómoda, sin que les pase por las mientes que el cobrador se busca una multa por culpa de ellas; no es tampoco el hombre embriagado que tiene la manía de estarse en una jardinera como si estuviera en un gran salón. Más irritante que todo eso, son las personas que por muchos motivos debieran ser razonables: el caballero, por ejemplo, que pretende que el conductor haga levantar á un fulano para hacer puesto á su mujer; aquel que quisiera que se privara de fumar á otro porque le echa el humo al rostro; la señora que está en pie y que empieza á armar un cisco, diciendo al cobrado que ha «pagado y tiene derecho á sentarse», y por fin de fiesta amenázale á veces con «dar parte,» porque no hace callar á un vecino que habla muy libremente.

—Un gran peligro para mí, —añadió,— es que algunas veces no me acuerdo de mi condición y me dan tentaciones de contestar como ya contesté una vez, lo cual sería mi ruina. ¡Cuántos esfuerzos tengo que hacer para contener las palabras que vienen á mis labios! Es fácil olvidar que uno ha sido pobre, pero olvidar que uno ha sido rico es muy difícil.

Y continuó diciendo que no podía imaginarme con qué clase de gentes endiabladas, aunque bien vestidas, se tenía que tratar en el tranvía: con gente implacable que murmura á espaldas del cochero y del cobrador, por espacio de tres kilómetros, trayecto que al día siguiente vuelven á recorrer, y recordando la escena anterior, vuelven á repetir trescientas veces la misma frase con la obstinación